NOTAS

MENSAJE DESDE UNA ISLA

*Alberto Sauret**

Es para mí un honor estar invitado a esta mesa. Aunque no me parezco indicado para presentar su obra, acepté gustoso la invitación porque tengo el privilegio de disfrutar de la amistad del Doctor Don Carlos de la Isla.

En un cuento jasídico recuperado por Martin Buber, un joven invita a su condiscípulo a oír al maestro. Cuando el otro pregunta: 'de qué hablará', el primero le responde: 'Eso no importa, del maestro aprendemos hasta de cómo se anuda la sandalia'. Para mí Don Carlos es un insólito y genuino maestro, porque a su lado siempre estamos aprendiendo.

Con él he gozado de la fortuna de compartir no sólo mesas de libros, trabajo y estudio sino otras aún más sustanciosas, dadas sus nutritivas sobremesas —auténticos ágapes, y ágape es amor, mediador entre lo inmortal y lo perecedero.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

En una de éstas, hace ya unos cuantos años, cuando apenas comenzábamos a conocernos, comentó que siendo muy joven había viajado por primera vez a Europa en barco sin experimentar náuseas. Imprudentemente entonces le repliqué que, dado su apellido, seguramente contaba con una amplia experiencia náutica prenatal.

Tengo la manía, mejor dicho, entre mis manías tengo la de andar jugando mentalmente con palabras e imágenes. Desde aquel día no he cesado de imaginarlo procedente de una isla, habitante de una isla.

Hoy estamos aquí para comentar su libro *De la perplejidad a la utopía*, título que en primer lugar hace pensar en la *Guía de perplejos*, donde Maimónides brinda una mediación entre la razón y la fe.

Para Platón lo ideal no es lo mejor, lo ideal es ideal, ejemplar. A la palabra utopía la acuña Tomás Moro para titular su famosa y ejemplar obra. Utopía es algo que no existe,

NOTAS

pero conviene imaginar y desear para proyectar mejor nuestros esfuerzos.

A Utopía la imagina Moro como una isla. Y “el lugar ideal para la utopía —dice De la Isla— es la Universidad, cuyo encargo esencial asignado por la sociedad sensata es pensar, pensar radicalmente, llevar a las aulas los problemas del mundo para someterlos al (...) análisis crítico y, después del juicio libre y limpio, construir utopías, inventar soluciones y, por supuesto, comprometerse con ellas”.

Todo sistema político requiere de andamios imaginarios que lo sustentan, por eso el papel de los intelectuales siempre ha estado ligado a las relaciones entre saber y poder, pensamiento y acción, teoría y práctica, realidad y utopía.

La Universidad nació hace siete siglos y entonces no era asimilable a campus, laboratorios o profesiones. La institución universitaria es por principio y por origen un ente ideal, una comunidad de destino, una congregación de inteligencia y voluntades en la tarea de conocer, de pensar, de imaginar.

Desde entonces las vicisitudes padecidas por la Universidad han corrido parejas con las sufridas por el hombre de pensamiento, ambos víctimas del mismo proceso despedazador de términos, personas e ins-

tituciones. Correlativamente el ideal de sabiduría declinó al de conocimiento, para luego descomponerse en información.

Hoy, cuando a cualquier ocupación frente a una pantalla se le llama trabajo intelectual, y cualquier receta recibe el nombre de teoría, es tópico del antipensamiento acusar de utópicas a las utopías, convictas de impracticables, y condenarlas a un preventivo confinamiento.

Aunque el término ‘intelectual’ comenzaría a difundirse en la Europa de fines del siglo pasado, la labor subversiva y liberadora de la crítica a las instituciones que detentan el poder se remonta a Sócrates.

Hoy sofistas, mercenarios y vedettes pueblan la fauna clonada en los laboratorios de ingeniería genética mental en que han devenido las universidades (algunas). Ante esta ‘prostitución de los intelectuales’, con vocación socrática reacciona De la Isla:

“La gran defensa contra el totalitarismo es el poder de la razón, el poder moral de la Universidad. De ahí que sea tan importante que conserve su autonomía, su independencia y sobre todo su dignidad, es decir, su conciencia crítica incontaminada para juzgar a los demás poderes. Y es necesario decir que muchas universidades no han conservado esta independencia ni esa

NOTAS

dignidad que otorga la autoridad moral para juzgar; más aún, algunas universidades en el mundo entero se han convertido en parte de la estructura política o económica, es decir, han dejado de ser Universidades.”

Es decir: todavía sí, pero siempre no. Ya no, pero siempre sí. Banalidad de los límites; ¡abajo la tiranía binaria!: Cuando la universidad instrumental reemplaza a la universidad fundamental, la universidad realmente existente sobrevive con calidad virtual.

Contra el simulacro nihilista de una permanencia puramente fantasmagórica, paradójicamente el principio de utopía es el refugio del principio de realidad.

Buscando esclarecer las relaciones de necesidad entre Universidad y Democracia, los interlocutores de De la Isla son tanto los perplejos como los fabricantes de perplejidad. Es muy grave que la Universidad renuncie a la misión de dirigir la sociedad; pero más grave aún resulta cuando ha perdido la cabeza, y la dirige mecánica e irreflexivamente, cuando es incapaz de pensarse a sí misma en su responsabilidad formadora y rectora.

Dice De la Isla: “Aquí utopía entraña dificultad y esperanza: dificultad, gran dificultad, porque la utopía educativa formaría personas con imaginación, creatividad, fuerte pen-

samiento crítico, sin temor al cambio. Y estas personas son un estorbo para los sistemas establecidos y para los poderes que los manejan.”

Sí, ‘dificultad, gran dificultad...’ porque el poder de los intelectuales orgánicos, administradores de las verdades oficiales desde las aulas, es mínimo comparado con la influencia social descerebrante que ejercen figuras con omnipresencia mediática, como el periodista de opinión, el político profesional y otros demagogos, auténticos guardianes de la corrección terminológica.

Según el Banco Mundial, América Latina es la región con el mayor grado de desigualdad planetaria, donde durante las dos últimas décadas las personas que no pueden satisfacer sus necesidades básicas se han más que duplicado, alcanzando la cota histórica de 270 millones, sin embargo se nos sigue designando con la deformación técnica doctrinaria de ‘países en vías de desarrollo’.

En América Latina, con o sin elecciones, el capitalismo es antidemocrático: la mayoría de la gente sobremueve presa de la necesidad y la violencia; pero los especialistas la evalúan como más rica y estable que nunca. Nunca, por cierto, ha sido tan sangrienta la contradicción entre democracia política y dictadura social. Democracia real exige economía en beneficio de las mayorías.

NOTAS

Si no se reconocen las relaciones causales entre opulencia e inanición se ha perdido el juicio, la capacidad de ver, no se vive en el mundo real.

Pero al arquetipo de nuestras democracias virtuales lo hallamos en las Naciones Unidas, donde el poder de veto arrolla al poder del voto, y el autodenominado Consejo de Seguridad, constituido por los mayores mercaderes de armas, decide la geografía, duración e intensidad de las guerras.

La función del doble discurso 'técnico' instrumentado por los especialistas es sabotear la comunicación interpersonal, minar el sentido común escamoteando palabras comprensibles, compartidas, y, en consecuencia, imposibilitar el entendimiento de lo que pasa en el mundo y de cómo funcionan nuestras sociedades.

Así, 'globalización' es la nueva presentación preservativa de un sistema basado en la explotación del prójimo y el exterminio de la naturaleza, donde la catástrofe ecológica y el cotidiano exterminio silencioso de millones de pobres sin rating, se aluden con un término que haría morir nuevamente de envidia a los filisteos literales: 'externalidades negativas'.

Por el mismo procedimiento, 'liberalización' de un nuevo sector de la economía significa obediencia a

otra imposición del FMI. Mientras que conferir mayor flexibilidad al mercado laboral, en buen romance podría traducirse como: quién sabe si mañana todavía tendremos trabajo.

Con el mismo estilo me explicaban en el banco que, contrariamente a mis temores, no estoy endrogado sino que me he convertido en inversionista, dado que he firmado documentos por mi deuda en UDIS, que técnicamente son 'unidades de inversión'.

Y en un orden menor, pero no en inocencia, se nos prescribe 'prohibido circular con sus carcachas reprobadas por no ameritar un flamante cero', con un amable "hoy descansan el 5 y el 6". O se nos exime de los antipáticos pagos, invitándonos a que, según calendario, efectuemos nuestras oportunas 'exhibiciones'.

En este auténtico reino del revés, utopía es denuncia y anuncio de un mundo más derecho, más claro, más neto. Cuando las palabras insidiosamente institucionalizan la vergonzosa negación de su significado, en la utopía yacen las reservas de verdad y de honradez.

Una de las dictaduras más pertinentes de nuestro siglo es la de la teoría económica como paradigma ideológico dominante de las ciencias sociales. Cuando la política deriva ramplona especulación sobre costos

NOTAS

y beneficios, la sociedad queda reducida a mercado y los hombres repartidos entre mercaderes y mercancías.

Y en espera del derrame compensador, de la discreta mano invisible que regule el grifo del maná, aquí nos vemos entre salpicados por la culpa y chorreados por la mugre.

Opina Maurice Allais, premio Nobel de economía en 1988: "La teoría económica de los últimos 45 años es una sucesión de tesis dogmáticas, irrealistas, abandonadas una después de otras, un conjunto de puros sofismas basados en modelos matemáticos irrealizables, incapaces de prever y menos de explicar."

El criterio de distribución del premio Nobel de economía no valora el aporte teórico sino el ingenio técnico destinado a la mejor organización empresarial y a la obtención del mayor beneficio en la gran empresa privada. De las 100 economías más poderosas, 51 no pertenecen a países sino a corporaciones transnacionales.

Es tarea de la Universidad de nuestro tiempo que el pensamiento económico deje de pertenecer en exclusividad al universo conceptual capitalista, porque de la recuperación de valores excluidos por el cálculo econométrico dependen no sólo las posibilidades de una vida más variada e interesante, sino de la supervivencia sin más.

La ética, que con el advenimiento del capitalismo quedó excluida de toda teoría, debe reintegrarse no sólo como elemento de valoración sino también de explicación de lo social humano.

"La utopía germina con frescura y casi ciego atrevimiento allí donde el espacio de la vida humana queda tan estrecho que necesita ser ampliado, imaginado, creado", dice De la Isla. Lo cual me hace pensar en el personaje de Don Alonso Quijano, perplejo ante un mundo conmovido en sus valores a instancias de la modernidad, y utópico en la aventura de desfacer sus entuertos. Para De la Isla, decíamos, la utopía es creación que germina con frescura, no aplicación de fórmulas; a propósito Don Quijote tan sólo es ingenioso, no llega a ingeniero.

El ideal de democracia no es el de un fin acabado, sino el del medio por el cual la gente descubre y manifiesta sus derechos humanos fundamentales.

No acepto la figura de Don Quijote como imagen del fracaso, como la interpreta Kundera; porque sería como si hubieran fracasado Sócrates y Cristo. (Claro, a juzgar por el caso que les hacemos, el prestigio ejemplar de ambos se halla un poco devaluado; pero inevitablemente se nos aparecen en la utopía más mo-

NOTAS

desta que consigue colarse a nuestro escepticismo.)

Divinos, humanos, literarios, todos son símbolos que sobreviven victoriosos por encima de su muerte individual. Después de ellos sabemos que la vida puede ser mejor, y que en parte depende de nuestra audacia para soñar. Y para despertar.

Sócrates ha sido nuestro gran maestro de la confrontación verbal como método de pensar en conjunto, para la búsqueda de la verdad y para el acuerdo democrático, pero nuestra civilización de la imagen en tiempo real parece alejarse cada vez más del tiempo filosófico de la controversia coloquial.

Sócrates rechazó la escritura: palabra disecada, diferida, irrefutable. Quizá por su espíritu polémico, democrático y libertario Don Carlos de la Isla, como dice en su primera página, tampoco ha querido convertirse en hombre de letras. Me consta que, como pocos, es hombre de palabra, es decir, de hechos. El más digno que he conocido en este bendito país.

Pero no todas han de ser ponderaciones favorables para este hombre, que también tiene su lado oscuro. Su libro, como su persona, adolece de faltas graves y recurrentes. Todo lo que exhibe de ecuánime y discreto lo contrasta con arbitrariedad y desmesura a la hora de prodigar recono-

cimientos y elogios, como Uds. podrán comprobarlo, de entrada no más en su libro. Mas cabe una explicación que lo excusa: Don Carlos es un fundamentalista de la generosidad y un fanático de los amigos.

Por último, la imagen en su estado actual: Imagino al Doctor en la playa de su utópica isla lanzando mensajes —en botellas vacías que le facilitamos los amigos— para todos los náufragos, perplejos que se atrevan a salvarse compartiendo sus sueños de verdad y de justicia.